

## Juan Antonio González-Cantú

*University of Texas (Brownsville)*

### El Día de la Bandera

Se veía cabizbajo, ensimismado, como si de repente le hubiera entrado el autismo. Parecía una efigie del Cuahutémoc ese que normalmente se usa para las estatuas de bronce de las premiaciones deportivas. Hacía rato que no movía ni un ápice su postura sentado en el corredor de la casa. No respondía al saludo de los vecinos que al pasar por enfrente de la casa se dirigían a él, aquel personaje que les había ayudado en diferentes menesteres para aclimatarse a la nueva vida de inmigrantes. Y es que la vida en los Estados Unidos era tan distinta de la de los diversos lugares de origen que, precisamente, la gente como don Serapio Contreras era la que mediaba entre culturas.

Había llegado a Refugio a los 16 años, cuando sus padres decidieron sentar cabeza y no seguir en la ola migratoria. Los campos del *Wes* (como los decían ellos) habían dejado su huella en el lomo progenitor y cuando le ofrecieron la chamba de mayordomo en el rancho de Mr. Chiggerton no lo pensó dos veces. Las penurias de los campos, el trabajo por destajo, los sobresaltos de las redadas de la migra ya habían quedado atrás. ¡Bendito documento! Desde que se lo dieron a don Salustio, su padre, ya pensó en trabajar en un solo sitio y ya pararle a eso de andar de judío errante. Pensó que así tendrían

## A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

escuela permanente sus 9 hijos; sobre todo, sentar cabeza era importante para que su Serapio siguiera aprendiendo inglés y como el dijera, “quien quita y hasta pudiera ser maestro.”

Serapio se acordaba de las pláticas con el viejo que repetía las mismas historias de desposeídos allá en su patria. De las jornadas de trabajo de sol a sol por unos litros de maíz para el bastimento: el hambre rondando siempre los jacales y las mujeres pariendo hasta cuates de por vida.

Luego recordaba el cuento de los enganchadores que pintaban todo color de rosa: que había mucho trabajo y que la gente se cansaba de ganar dólares; decía que traían chicos rollotes de cueros de rana que donde quiera les subían de catego a Don. Lo triste es que cuando se les acababan o se los robaban ya ebrios, volvían a ser “pinches” indios apestosos.

Serapio recordaba la “prosperidad” de la nueva patria. Todos iban a la escuela, aunque a veces los “güeritos” los hacían sentirse menos por cualquier cosa: que si pronunciaban mal las palabras, que las oraciones no estaban completas, que la pronunciación variaba el sentido del vocablo, en fin... Recordaba con tristeza ahora, aunque en su momento se moría de coraje, cómo se habían reído de Lupita cuando la maestra le dijo que leyera y no le salía bien la pronunciación de las vocales y en vez de decir *clean the sheets*, se le entendió otra cosa.

Cuántas cosas habían pasado. Se casó a los 19 años y nació la familia. Con eso de que la familia pequeña vivía mejor, decidieron él y su mujer tener solo tres hijos. Primero nació Salvador, luego Darío y finalmente, Lupita. Recordaba cuando tenía que asistir a las juntas del colegio para enterarse de los cambios de mesa directiva. Ni le interesaba mucho la política escolar pero tratándose del organismo que educaba a sus hijos, sufría en silencio cuando hablaban de adquisiciones de materiales, e informaban sobre futuras construcciones y lo que significaría para los impuestos de los habitantes del distrito. Todo era parte del trajín diario, y él lo hacía por convicción más que por gusto. Estaba convencido que la educación era lo primero, si no que se lo dijeran a él que gracias a haber acabado el *high school* estaba de empleado de la funeraria de Mr. Morton, y de

ahí había salido lo suficiente para comprar el solar e ir pagando la casita.

20 años de vivir en los EE UU, 14 en la misma ciudad, y ahora, nomás porque se les había ocurrido investigar a todos los inmigrantes que habían sido acusados de delitos mayores, estaba a punto de ser deportado. Recordaba a la mujer insistiéndole que se hiciera ciudadano cuando empezó a crecer ala familia, dizque para votar y para que se escuchara la voz. Pero, él no quería dejar de sentirse mexicano; pensaba que después de hacer el juramento de adhesion, ya no podría regresar a México y sentirse como en su casa. Y, al fin de cuentas, cavilaba...” pos, si casi nunca iban de todos modos.”

La carta en su regazo, sin embargo, decía que las dos convicciones por conducir ebrio, aunque ya las había pagado con cárcel y multas hacía 11 años, lo hacían persona *non-grata* para el país, y que tenía dos semanas para finiquitar sus asuntos y salir del país o se convertiría en prófugo de la justicia.

Cavilaba:

“y todos los años que trabajo, ¿Qué? A poco no contaban. ¿Y, sus declaraciones de impuestos en regla? Y, El orgullo de nunca haber dependido del “güero Felix” como le decían al sistema de ayuda temporal, ¿tampoco contaban?

Sentía que ya había pagado su deuda con la sociedad y de repente se le oía dialogar con sí mismo diciendo:

— “Pos si ya pagué los errores de juventud. Pos qué buena memoria d’estos.

— Pos’ si ya no tengo nadie en México. ¿Qué voy a hacer allá?

— Y ¿mi Salvador? Todavía ni sale el zacate nuevo en el pedazo que le tocó en el cementerio, después que lo trajeron en su caja, despedazado por una mina de los árabes.

— “Pos qué más quieren de mí, si ya les di todo.”

— Mi hijo mayor, que era mi sostén en la vejez, todos estos años de trabajo...

— ¿Irme a México?, si aquí enterré a mis jefes. ¿Qué voy a hacer a México?

— A mi edad, cuando ya mero me toca el *Social Security*.

## A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

En estas disyuntivas se encontraba el hombre. Se había fijado una fecha oficial para su salida. Un oficial del gobierno le escoltaría hasta la línea divisoria.

La fecha era el 14 de junio, el día de la bandera. Era el mismo día en el que le habían citado en la corte del condado para entregarle un documento de ciudadanía posthuma para el hijo muerto en combate, para honrarle con el preciado documento. Se preguntaba si el oficial de deportación iría con él a la ceremonia de entrega de la ciudadanía. Resultaría bastante irónico.

¿Cómo celebraría ese año el Día de la Bandera?

## No somos nada

Cuando Elpidio salió de su casa muy de mañana, antes que saliera el sol, no sabía si regresaría o no al fin de la jornada: era *beviernes*, día por excelencia de *chelas*, albures y bares. Claro que a veces (casi siempre, es decir) le seguía con sabadito alegre, o *sabadrink* como dirían los *gringos* de la maquiladora; y siguiendo tradiciones y costumbres, hasta el *dormingo* podría constituirse en secuela de la jornada *labioral*. Eso del *glu...glunes*, sin embargo, no comulgaba ni con su religión, ni con sus ideas: la raza se reventaba el lomo toda la semana para aspirar a un fin de reventón y juerga. Era entonces cuando el **Parto de Baco** se convertía en hogar, confesionario, club de apuestas, luego... club de "*apestas*", y finalmente, un hasta "*beodo indecente... ya no le sirvan...mándenlo al carajo, pos' qué leña...*", se dejaba escuchar.

En tan disímbolo ambiente Elpidio disfrutaba el llegar y ponerse a bailar con la Carmela. Cuando llegaba, inmediatamente se escuchaba en la *rockola* a la Santanera con eso de "...*me estoy poniendo viejo...enseñame a vivir...*". Con marcados pasos dobles daba rienda suelta al cuerpo, seguido por el cadencioso balaceo de la dama que disfrutaba del ritmo cimbreando su humanidad al compás de las cadencias rítmicas. En los intermedios, seguían las "*chelas*", y después, "*más chelas*", y luego, "*pos, hasta que se acaben las chelas, no faltaba más'n*". Los pasos entorpecían con el tiempo—y el consumo—hasta que ya medio *ahogado* por el licor no se sabía ni

## A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

dónde quedó la bolita, es decir... la damita, ni tampoco dónde quedó la raya. Lo bueno es que ahí tenía crédito:

Chalío—el cantinero—le fiaba hasta el puente nuevo, y vaya que sí... El problema sería que se lo cobrara, claro.

El dieciséis de junio fue un típico fin de semana. Le pagaron; clavó los vales en la bolsa de atrás de pantalón; dejó mil pesos en la cartera, y salió a darle gusto al gusto. Al llegar a su destino se percató que la Mela no estaba de oquis; estaba con un viejo barrigón que la tenía sentada en sus piernas, mientras se reía a carcajadas de su última ocurrencia. Se sintió contrariado por la falta de disponibilidad, pues ya le hormigueaban los pies, pero aguantó callado. Quien le mandaba no ponerle casa como ella se lo había propuesto antes; ahora tendría que esperar turno o que *el botijas* se largara. El solícito Chalío, mientras tanto, ya había puesto un recipiente-bola, de Kloster de barril, a su disposición antes que se dirigiera a él. “*No, de que a uno lo atienden bien aquí... ni duda cabe. Salú...*”, se escuchó a sí mismo decir.

El primer embate le dejó el bigote espumeando, y se lo relamió antes de pasarse el dorso de la mano por el mismo para que no quedara huella... como decía la canción. Se dispuso a esperar mientras la dama despedía al cliente de la descomunal “*timba*”. Al apreciar la relación corpórea, se le dibujó una sonrisa cuando se acordó del chiste del compadre que al llegar a la cantina le dijo al otro, “*timbito*”, y cuando éste aceptara agradeciendo la deferencia, vino de inmediato la aclaración: “*No, güey, si nomás te digo ‘timbito’ por no decirte ‘timbón’*”, y siguió con el relajo.

Con esa diatriba se encontraba cuando sintió unas manos que rodearon su cuello por detrás y percibió un perfume embriagador; no sabía cuál era, pero, “*carajo para qué se pondría tanto*”, pensó. Era ella. Como de costumbre, la cogió por la cintura y dirigiéndose al centro del entarimado se reventó el *Nereidas*, y luego le siguió con esa de... “*si Juárez no hubiera muerto...*”; y luego otra más...creo que fue el *Zacatlán*. Cuando se escuchó *el # 5* de Pérez Prado, ya no quiso mover *el bote*; sin embargo, cuando le insinuó a la mujer salir de la pista, el cuerpo tampoco le respondió.

Sentía una sensación ardiente que le llenaba la media espalda de escozor, y luego un empujón le envió a escurrirse de los brazos de la Peláez, y sin decir agua va se vio en el suelo. Un ensordecedor vacío le invadió y sólo veía gente a su alrededor que movía la cara gesticulando en secreto, como si fuera uno de esos espectáculos del Marcel Marceau.

Cuando el oído se le aclaró, escuchó que alguien comentaba, “*cuánta sangre...no, si el pelao era resangrón... por eso...*” Entonces sintió el bulto que le oprimía las costillas de abajo. Pensó que sería el piso disparejo o una duela saltada. Al irle invadiendo la somnolencia, sin embargo, se percató que *el fofolacio* estaba sujeto por varios clientes y le increpaban que ahora sí “se le iba a venir el cielo encima”. Éste, con la cabeza gacha, ya no se resistía... Parecía resignado, o al menos ése fue su último recuerdo antes de perder el conocimiento.

\*

\*

\*

El diario *Etcétera*, en su edición vespertina daba escasos datos de un percance en **El Parto**. Decía, “*Otra vez se cubre de sangre el antro situado en la esquina de Villagrán con...*” Y con cierta parsimonia se narraban algunos pormenores del caso. Más abajo, en la misma página roja, una esquila de 9x12 comunicaba una noticia a familiares y amigos:



**Hoy, en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana dejó de existir el**

## **Sr. Elpidio Paz Paz**

Su cuerpo sera velado a partir de las 10:00 A.M. en capillas El Rosario. Participan el deceso su desconsolada esposa e hijos. El cortejo fúnebre partirá a las 4 P.M. a la Parroquia de Guadalupe, en Félix Cuevas Ote., Col. Centro, donde se oficiará Misa de cuerpo presente. De ahí será trasladado a los mausoleos Jardines del Descanso donde se le dará cristiana sepultura. Se oficiará triduo de Misas a partir del 21 del presente en la iglesia Príncipe de la Luz.

## A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

\*

\*

\*

Para los compañeros de trabajo, el velorio consistiría en acordarse del difunto en sus facetas más representativas, ponderando el vacío que propiciaría en su trajín cotidiano. Para la familia, significaría carencias adicionales y la exacerbación de la incertidumbre del sustento, con todas sus consecuencias. Irremediablemente, para todos, hasta sería coincidente la fraseología acostumbrada: “*No somos nada*”, con toda, toda la variedad semántica que se le pudiere implicar.